



◉ OPERA ~ TAMAYO : BINOMIO SIN RESULTADO

Alvaro Sáenz - José Ml. Solano

Si revisamos los documentos con que contamos sobre la actividad escénica costarricense desde comienzos de siglo, nos daremos cuenta de que la ópera ocupa un lugar preponderante en la historia del arte de la representación del país —al menos en cuanto actividad—, por la frecuencia de realización de temporadas y la variedad de repertorio con que se presentaban específicamente las compañías itinerantes. Posteriormente y como reacción a la “temporada paquete” que nos llegaba de fuera, se comienza a producir en Costa Rica, esporádico y rudimentario, el espectáculo llamado lírico. Realizado por nacionales, pero por desgracia inspirado en aquél que metía en un baúl sus bártulos; que doblaba semana a semana el simplificado escenario italiano, pintado en telas y de uso múltiple; que contrataba apresuradamente a los nacionales que, entusiastas pero mal ensayados, hacían el Coro, continuó la Ópera su “carrera estática”, de producción sin desarrollo, y cuya tradición llega hasta nuestros días aparentemente intacta. La misma ópera, que es considerada por el quehacer escénico universal como la reunión de toda la expresión artística y que en los últimos decenios ha sido sometida en el mundo —que no en nuestros países— a un verdadero bombardeo de experimentación. Esa misma Ópera, que busca nuevos horizontes tras un progreso geométrico tendiente a salvar la clara decadencia en que había entrado, sigue subiendo el escenario criollo con los antiguos vicios de improvisación, estatismo, desafinamiento y, sobre todo, indisciplina escénica.

Y es que quizá se podría enten-

der, aunque no aceptar, que en Costa Rica la Compañía Lírica haga tanteos para buscar una expresión actual, acorde al menos con la realidad teatral del medio. Lo malo es que esa misma Compañía repita sorpresivamente los desaciertos y fallas, renunciando a las posibilidades que el medio le ofrece para superarse. Reincidiendo en una costumbre tan antigua: hacer Ópera según las tradiciones que ya ni Italia utiliza; de suerte que mientras el mundo intenta las más extrañas variantes, Costa Rica reitera su respeto sacral a la anticuada tendencia italiana de olvidar la dirección escénica, y recurre a la repetición sin fin de lo que se hacía a principios de siglo, dentro del mayor convencionalismo, que por otra parte muestra una falta total de credibilidad del personaje no solo para el público que, por la benignidad y genio del compositor, se deja llevar por la música, sino y sobre todo del mismo cantante que podría obviar el desacople y falta de confianza al trabajo de actuación si la Compañía le proporcionara un verdadero entrenamiento escénico.

Pero no pasemos a acosar a los intérpretes. Vale más quedarse un poco en la responsabilidad del Director escénico, cuya labor se realiza paralela y fundamentalmente coordinada con el director musical. Pero tampoco debemos tomar en cuenta las “puestas en escena” de la Compañía Lírica, en las que a duras penas se reconoce la presencia de un verdadero trabajo de dirección. Creo que será más enriquecedor hablar sobre la última ópera producida en el país, al mismo tiempo la producción más importante que se ha hecho en el género en los últimos años. Orientada a la presunta y par-

cial inauguración de un Teatro, supuso además la presencia en el país, por primera vez en muchos años, de un verdadero Director de Opera, sobre todo dedicado al Teatro, y cuyo prestigio internacional —dicen— compite con el de los más grandes y pretendió dejar al tiempo un aporte invaluable a la cultura nacional: nos referimos, por supuesto, a “Carmen” de G. Bizet, versión en español, y a José Tamayo, su director.

A punto de tomar asiento en el Teatro Salazar y abrir el programa de mano se enfrentó uno a la realidad: el señor Tamayo ni ha dirigido Opera ni ha sentido nunca interés por ella, con lo cual queda claro y a partir de su currículo, que su prestigio como director de este género está totalmente infundado y probablemente inflado por los que le contrataron para justificar la millonaria inversión.

Su trabajo como director escénico para el teatro convencional no está en discusión. Incluso su trabajo en “Divinas palabras” por razones geográficas nunca lo pude apreciar. Por ahora se trata de Opera y fundamentalmente de “Carmen” que, además, según señala su Currículo, es la única ópera que le ha interesado.

Ahora bien, quizá el prestigio nunca sea tarjeta de presentación objetiva para su persona. Realmente lo que vale siempre es el trabajo que realiza y el aporte que un sujeto pueda entregar al medio. En este caso, es necesario señalar que lo presenciado en la noche del 18 de diciembre pasado fue de lo más tedioso y falto de imaginación que se haya visto sobre todo desde el ángulo teatral. Antiestético, vulgar, tradicionalista y estático, el trabajo del señor Tamayo no aporta nada al género operístico en el país y por supuesto en el mundo. Con características propias de lo que peyorativamente llamamos “velada de escuela”, Tamayo nos obliga a aceptar como creativo un desplazamiento que intenta tan solo llenar cada metro cuadrado de la escena, pero que contemporáneamente trasluce el estatismo propio de la interpretación arcaica de la ópera verdiana.

Es incomprensible el sistema de trabajo que utiliza con el Coro y los llamados figurantes o extras. Obviando toda la creatividad que pudo haber significado trabajar las escenas del coro, tomando en cuenta el aporte que cada quien podría dar, al parecer utilizó un larguísimo período de tiempo en hacerles memorizar un movimiento que, por supuesto, nunca les fue natural y que llegaron a repetir maquinalmente.

Este movimiento al que se llega por la línea del menor esfuerzo, más nos lleva a recordar el oratorio como expresión sinfónico-coral: cada quien fijo en un punto o a lo sumo moviéndose torpe y tímidamente.

El miedo al espacio vacío en el escenario, vacío que se produce tan sólo por ausencia en la interpretación, nos lleva de nuevo al director escénico. Antes de lograr un verdadero trabajo del personaje, que es ciertamente difícil a los cantantes sin un entrenamiento adecuado, Tamayo recurre de nuevo al Coro y a los figurantes, llenando esta vez de espectadores los casi ciento cincuenta metros cuadrados del foro, aún en las escenas más íntimas y de mayor compromiso.

Lo que más llama la atención es que José Tamayo confiesa que esta “puesta” de Carmen no es ni con mucho la primera que realiza. Realmente es la quinta. Y llama la atención porque en definitiva y para muchos asistir a una función de la Opera Carmen en el “Melico” fue de las experiencias menos edificantes de que se tuviera noticias en los últimos años de la vida cultural de la ciudad. Llama la atención, además, lo que se pone en juego que no es el prestigio de Tamayo sino el interés que puso en su trabajo en Costa Rica. Su displicencia en la preparación de los solistas secundarios, algunos debutantes, que merecían la oportunidad de un trabajo profundo y enriquecedor; su falta de contacto con el Coro que, aunque aficionado (demasiado aficionado en ocasiones), merecía el respeto y la atención de un señor que llegó al país con un compromiso y una responsabilidad: la de sacar adelante un espectáculo a cierto nivel, hablaron muy mal de su respeto por nuestro medio, y muy

mal de quien se empeñó en realizar, contra viento y marea, esta famosa puesta en escena.

Por último una palabra sobre la traducción del texto. Aunque hoy no se aconseja, realmente no es un delito traducir el texto en una Opera. En todo caso el delito consiste en hacerlo mal, en forma grotesca, cajonera y antipoiética, que es el caso de la traducción de Carmen, donde se desperdició el idioma al sacrificar su musicalidad.

El segundo pecado es —quizá porque el señor Tamayo tiene una mayor experiencia en la zarzuela, género radicalmente diferente a la Opera— tratar de traducir el carácter de Carmen que sigue siendo totalmente francés; es tan francesa esa Sevilla como es alemana la Sevilla de “Fidelio”.

El pecadillo de fondo es obligarnos a escuchar en nuestra lengua y cantados los “recitativos” que ni siquiera escribió Bizet y que pudieron ser dichos —hablados—, según la versión original y la tendencia moderna, lo que por supuesto habría representado un enorme esfuerzo al director escénico, pero que al menos algo de interés hubiera proporcionado a la famosa “puesta en escena” —a la que hasta el gobierno nortamericano contribuyó con varios cientos de miles de colonos— y que parecen haberse esfumado tan rápidamente como se elevó el avión de Iberia llevándose a Tamayo.

